

# El Salvador: Germina la esperanza

Arturo Sosa A.

El primer aniversario del martirio de seis jesuitas, una trabajadora y su hija de la Universidad Centroamericana "José Siméon Cañas" (UCA) de El Salvador, que coincidió con el 25º aniversario de la fundación de esta institución, se convirtió en una nueva manifestación de la esperanza del pueblo salvadoreño.

Junto con miles de campesinos, pobladores de los barrios, miembros de las comunidades cristianas, de las organizaciones populares y miembros de la comunidad universitaria, nos reunimos unos doscientos jesuitas de Centroamérica, del resto de América Latina, Estados Unidos, Canadá, España, Francia, Italia y Taiwan, otros sacerdotes, religiosos y religiosas, Obispos (18), hermanos de otras Iglesias cristianas, el Nuncio Apostólico, diputados norteamericanos y delegaciones del Estado y gobierno españoles a celebrar, desde la fe, la memoria de los mártires de la UCA, como parte de los miles de salvadoreños que han derramado su sangre luchando por una sociedad más justa, anhelando la llegada del reinado de Dios.

La UCA y las comunidades cristianas habían comenzado esta conmemoración ocho semanas antes, celebrando la Eucaristía y haciendo memoria no sólo de las dificultades, muertes, masacres, violaciones de los derechos humanos...etc., sufridas en carne propia y que han formado parte de la historia del pueblo salvadoreño y latinoamericano, sino renovando su compromiso por luchar por el cambio definitivo de esta situación. Quienes llegamos a la última semana del novenario participamos en la preparación inmediata con encuentros de diálogo, oración y una vigilia durante toda la noche aniversaria de la masacre, para culminar con la celebración eucarística del 16 de noviembre, presidida por el Arzobispo de San Salvador, Arturo Rivera y Damas y concelebrada por 17 obispos, el P. Alvaro Restrepo, representante personal del Superior General de la Compañía de Jesús, Peter-

Hans Kolvenbach, y más de doscientos sacerdotes para la cual se congregaron unas seis mil personas.

## LA FIRMEZA DE LA ESPERANZA

Después de diez años de guerra y una historia de opresión impresiona la firmeza de la gente del pueblo salvadoreño con la que tuvimos ocasión de compartir estas celebraciones. En el actual momento de El Salvador la expresión renovada de esta esperanza firme y activa es el movimiento popular de repatriación.

Las salvajes prácticas de la Fuerza Armada Salvadoreña (FAS) buscando "quitarle el agua al pez", es decir, el entorno geográfico y social a las fuerzas militares del Frente Farabundo Martí por la Liberación Nacional (FMLN), especialmente la táctica conocida como de "tierra arrasada", utilizadas especialmente en el centro (cerro de Guazapa y sus alrededores), norte y oriente del país, produjeron una inmensa corriente de refugiados que emigraron hacia otras partes del país y hacia el exterior, especialmente hacia Honduras. Estos miles de campesinos salvadoreños, desplazados de sus tierras, arrancados de sus lazos tradicionales de trabajo y familia, sobrevivieron en decenas de campos de refugiados o se sumaron a los habitantes de los barrios pobres de la ciudad de San Salvador, obligados a buscar formas de sobrevivencia.

En algunos de estos campamentos se lograron auténticas experiencias de trabajo y organización comunitarios. Desde ellos ha comenzado a concretarse la aspiración de todos estos desplazados y refugiados: volver a su patria (terra patrum, la tierra de sus padres, donde se tienen las raíces), a su tierra, a su familia y a su trabajo... para contribuir al desarrollo del país y a mejorar la propia vida.

El caso de mayor resonancia ha sido el

de la Ciudad Segundo Montes, en el Departamento de Morazán, donde se han asentado más de ocho mil refugiados que pasaron ocho años en Colomoncagua, Honduras. La organización comunitaria y experiencias de trabajo conjunto logradas en este campamento, permitieron la cohesión necesaria para realizar no meramente un regreso al pasado, sino volver a su patria en condiciones de construir una semilla de sociedad alternativa. Le pusieron el nombre de uno de los jesuitas mártires de la UCA porque él, con la ayuda de otras unidades de la Universidad, apoyaron efectivamente el movimiento de repatriación. Otra de estas experiencias, en el occidente del país, tomó el nombre de Ignacio Ellacuría.

En este movimiento de repatriación se dan, también, tensiones políticas en la medida en que el Gobierno de Cristiani quiere utilizarlas en favor suyo. Tal es el caso de los refugiados de Ciudad Romero, en la costa atlántica panameña, cerca de la ciudad de Colón. Estos 610 salvadoreños que han sobrevivido en difíciles condiciones durante siete años, animados por otras experiencias, arreglaron su traslado a unas tierras de una cooperativa agrícola en la zona de Usulután, al oriente de San Salvador. Sin embargo, el gobierno ha retrasado los permisos de repatriación porque quiere que se ubiquen en tierras del Departamento de La Paz, en una zona muy controlada por la Fuerza Armada y como parte del proyecto oficial de regreso de refugiados. Sus líderes, ansiosos por regresar, pero conscientes de su dignidad y claros en sus objetivos, negocian con firmeza. No queremos regresar para aumentar el conflicto, queremos paz, volver a El Salvador y trabajar comunitariamente. Pero tampoco queremos regresar para hacer de comparsa al gobierno o situarnos en una zona donde a nuestros hijos los van a convertir en reclutas a la fuerza...

La misma fuerza que libera del miedo a la muerte se empieza a notar en comunidades que han sufrido hostigamiento continuo de la Fuerza Armada. En diversos lugares se escucha decir a la gente con valentía y firmeza, al mismo tiempo que con una gran sencillez que están dispuestos a derramar su sangre si hace falta, pero no echar para atrás en el camino andado. "Derramar la sangre" en El Salvador no es, como sabemos, una metáfora o una expresión retórica. Una de las presiones que se ejerce sobre la gente sencilla es decirles que asistir a los templos en los que se reúnen las comunidades cristianas es "peligroso". Que esas reuniones no son religiosas sino políticas... de manera que los miembros de las comunidades tienen que sobreponerse al

miedo y, muchas veces a los "consejos" de la propia familia, cuando no a los interrogatorios de los militares e, incluso, sufrir prisión injusta por ser fieles a su vivencia cristiana.

### LA NEGOCIACION: UNA BASE OBJETIVA PARA LA ESPERANZA

Otra dimensión novedosa del proceso salvadoreño es la decisión de las partes beligerantes de tantear la negociación como una vía de salida al conflicto, alternativa a la neta victoria militar. Estas negociaciones que se realizan bajo el auspicio y mediación de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) se han convertido, de hecho, en la única posibilidad real y con algún viso de credibilidad de hablar de democracia en El Salvador.

La negociación se ha convertido en base de la esperanza de paz del pueblo salvadoreño en el mes de noviembre de 1990 cuando las partes beligerantes aceptaron entregarle mayor iniciativa a la mediación de la ONU. A partir de esta fecha el papel de la ONU no es sólo auspiciar las reuniones y presenciarlas en carácter de garante, sino que ahora puede intervenir en la negociación proponiendo alternativas a ser discutidas por las partes. En esta nueva etapa la confidencialidad de las propuestas y discusiones en torno a ellas se convierte en una condición necesaria para el éxito de la negociación. Quizás de esta manera pueda superarse el impasse que ha frenado las discusiones al llegarse al tema de la depuración de la FAS y de la des-militarización del país.

Las negociaciones tienen, sin embargo, un obstáculo poderoso: los responsables de las masacres, especialmente la de los jesuitas, insertados en el corazón mismo de las estructuras de la Fuerza Armada, del Estado y del Gobierno, que tienen el poder para encubrirlos, incluso a pesar de las intensas presiones nacionales e internacionales que se han ejercido. Quienes han encubierto a los tristemente célebres "escuadrones de la muerte", prefieren el fracaso de las negociaciones a que salgan a la luz pública su responsabilidad en tantas atrocidades. Preventivamente han amenazado con eliminar, en un nuevo baño de sangre, a toda la oposición al actual régimen si se produce una nueva ofensiva por parte del FMLN.

Mientras no se remueva de raíz este obstáculo no será posible conocer de veras la voluntad que tienen realmente las partes de ir hasta la meta por la vía de la negociación. A estas alturas ya no es suficiente afirmar que se tiene la voluntad de negociar y echarle en cara al contrario que no la tiene. Se ha llegado al momento en que es necesaria la coheren-

cia entre las palabras y los hechos.

Por otra parte, el punto de partida del camino de la negociación es la convicción sincera de la FAS y del FMLN de la imposibilidad absoluta de una victoria militar de alguno de los bandos. Después de los acuerdos de Esquipulas II (finales de 1988) esta convicción parece estar presente, al menos es frecuente desde esa fecha oír hablar así a los jefes militares de la FAS y del FMLN.

Sin embargo, este convencimiento nace en el marco internacional dominado todavía por la polaridad Este-Oeste. Los cambios radicales que se han dado en el último año en este marco internacional cambian la perspectiva de los sectores más duros de la FAS. Como estos sectores han defendido siempre que el conflicto salvadoreño es un conflicto exógeno, es decir, surgió por el afán expansionista del comunismo internacional, negociar en este momento en el que se derrumba esa corriente es un absurdo. Mejor, afirman, es esperar que se debilite el apoyo externo al FMLN, que sus canales de alimentación no puedan seguir nutriéndolo, y derrotarlo. En otras palabras, estiman que los cambios en el contexto internacional hacen posible volver a pensar en la victoria militar sobre el ejército rebelde.

La otra cara de la moneda es la que ven los sectores más radicales del FMLN. Para estos los cambios en la situación interna, donde ellos ponen el origen del conflicto, favorecen la posición rebelde. En tiempos de la Democracia Cristiana, la división de la oposición en general y especialmente de las organizaciones populares, a pesar de la radicalización de algunas de éstas y del propio FMLN, se logró un clima de estabilidad social. El triunfo electoral de ARENA ha provocado, por su parte, una total unidad de las fuerzas de izquierda e, incluso, la incorporación de sectores medios e industriales en el frente anti-gobierno. La política económica adelantada por el gobierno de Cristiani, cortada con el mismo patrón "neo-liberal" del resto de los actuales gobiernos de toda Latinoamérica, ha provocado oposición hasta del sector de la construcción y de grupos del gran empresariado, por cuanto las tendencias económicas favorecen desproporcionadamente al Gran Capital, especialmente al transnacional. Para la población el impacto del alza en el costo de la vida ha provocado una reacción de descontento y agresividad. El resultado es la aparición de una creciente conflictividad social espontánea, no impuesta, como en el pasado, por el propio FMLN.

A esto se añade que la política gubernamental de ARENA ha desarticulado la política social estructurada por la Democracia Cristiana en 10 años y en la que se

invertieron miles de millones de dólares. El gobierno de Cristiani no sólo ha reducido el gasto social sino que sus programas en esta área son de corte asistencialista, con el agravante de que, además de no estar dirigidos a erradicar las causas de la pobreza, son insuficientes para ni siquiera paliar los agudos problemas sociales que padecen las grandes mayorías populares. Estos elementos, según algunos sectores del FMLN, pueden alentar las aspiraciones a provocar la tan deseada como hasta ahora imposible "insurrección popular", y el consiguiente triunfo de las fuerzas rebeldes, partiendo de las propias raíces estructurales que provocaron su participación activa en el conflicto salvadoreño.

Si se superan estos obstáculos, es decir, si la vía de la negociación se mantiene abierta y transitada, se pueden llegar a soluciones menos ideologizadas, menos vinculadas a la polarización este-oeste, o socialismo-capitalismo, derecha-izquierda, para afincarse en la situación de injusticia estructural del país.

La batalla estratégica estará ganada por la paz cuando se logren los acuerdos políticos necesarios para iniciar un nuevo modelo de desarrollo que suponga modificaciones sustanciales al esquema de relaciones de poder que ha regido tradicionalmente en El Salvador, que incluya una tendencia hacia la Justicia Social. Sólo después de estos acuerdos políticos puede pensarse en un "cese el fuego" permanente. Pensarlo sobre otras bases es edificar sobre arena.

### ¿EL QUE ESPERA ... DESESPERA?

El asesinato de los 6 jesuitas y las dos mujeres el 16 de noviembre de 1989 en la UCA es uno de los miles de atropellos cometidos por las FAS en estos diez años de guerra. Asesinatos y masacres ejecutados por las fuerzas militares bajo la excusa de erradicar la subversión han sido una de las características de la violencia salvadoreña. Sin embargo, el de la UCA tiene algunas características especiales. Fue en "estado de sitio" y en las horas del "toque de queda", en la zona de la capital de la República militarmente mejor custodiada (el Coronel Guillermo Benavides tenía esa noche bajo su comando a siete cuerpos de las FAS), realizado por un batallón élite, el Atlaçatl... Es decir, que desde el punto de vista policial más que moral, las características mismas de la masacre constituyen una prueba de la autoría intelectual de la misma. Se trata de una operación que no pudo haberse hecho sin una orden del Alto Mando Militar de la Fuerza Armada, por más que el propio Coronel Ponce, ahora

Ministro de la Defensa, meses más tarde, haya declarado que el Coronel Benavides tenía autonomía suficiente para "dar órdenes" en esa zona sin consultar a ninguna instancia superior.

Por eso, la investigación del asesinato por manos militares de los jesuitas y sus colaboradoras en la UCA se ha convertido en un caso paradigmático. De su resolución o no, se pueden ratificar o perder las esperanzas en los cambios necesarios para un futuro distinto en El Salvador. Más aún cuando la investigación ratifica esa autoría, aunque lo que se ha hecho ha sido bajo fuertes presiones del Congreso de los Estados Unidos de Norteamérica, con una alarmante desidia policial e incluso judicial (sin dejar de reconocer la "buena voluntad" del Juez), y el descarado encubrimiento de los autores por parte del gobierno y la FAS.

La masacre de la UCA sale de la médula misma del origen del terror que ha marcado la vida salvadoreña de la última década. Y aquí tocamos uno de los elementos sustantivos para entender la situación de este país: el papel de los Estados Unidos. El gobierno norteamericano tiene en su poder más de 80 documentos sobre este caso que se ha negado a entregar a la justicia salvadoreña aduciendo razones de "seguridad de los Estados Unidos". El asesor legal de la embajada norteamericana en El Salvador ha sido el "estratega" de la investigación realizada por la Comisión de Investigación de Hechos Delictivos (creada después de la masacre de la UCA para investigar a tropellos militares a los derechos humanos). La testigo Lucía Serna fue intimidada por el FBI. El mayor Buckland, del ejército norteamericano, que declaró que el Coronel Benavides le había confesado su participación directa en el asesinato de la UCA ha sido igualmente presionado por el FBI y las autoridades militares norteamericanas para que se retracte y no declare en el juicio en El Salvador.

De todo esto se concluye la implicación entre la "seguridad de los Estados Unidos de Norteamérica" y el encubrimiento de los asesinatos en El Salvador, entre ellos el de los jesuitas. La mampara de la seguridad no sólo lleva a mantener en secreto el papel directo de los militares nortamericanos en el conflicto salvadoreño, sus fuentes de información y sus tácticas de contrainsurgencia que han provocado tantas tragedias... lleva también a destruir documentos y testimonios válidos, claves para el esclarecimiento de los hechos. Un dinámica diabólica que produce y encubre crímenes humanamente inaceptables, sea cual sea la razón que se aduzca para justificarlos.

Se entiende, pues, por qué la política

norteamericana, especialmente la ayuda militar, es un elemento clave para analizar el curso del conflicto salvadoreño. En diez años la ayuda militar norteamericana equivale a todo el presupuesto nacional de El Salvador en cinco años. Los cuatro mil millones de dólares proporcionados por los Estados Unidos para combatir al FMLN han sido destinados, en más de sus tres cuartas partes, a fines estrictamente militares. Aún así, no se ha podido derrotar al FMLN, ni siquiera se ha podido constituir una Fuerza Armada capaz de mantener el estado actual de la guerra prescindiendo de la ayuda norteamericana. Los propios sustentadores de mantener la ayuda militar, como Mr. Aronson Secretario del Departamento de Estado para asuntos latinoamericanos, reconocen con su defensa, el fracaso de una política militar que lleva más de diez años realizándose.

El congelamiento, por parte del Congreso Norteamericano, de la ayuda militar a la FAS y su condicionamiento al respeto de los Derechos Humanos y al esclarecimiento del asesinato de la UCA, ha provocado una fuerte reacción de una derecha que no ha aprendido a actuar sin los "escuadrones de la muerte" dentro del propio ejército (es curioso que en diez años de guerra la FAS no ha descubierto ninguna casa o ninguna persona de estos escuadrones habiendo "arrasado" prácticamente todo el país), y sin la total impunidad con la que se han movido por años.

Si el gobierno norteamericano reconoce el fracaso de su política "guerrerista", acentuada por la administración Reagan y heredada por la administración Bush, y hace suya la propuesta del Congreso de condicionar la ayuda a unas reglas de juego claras que respeten la vida y los derechos del pueblo, de los bandos beligerantes y del orden jurídico se abre realmente la vía de una negociación posible. De lo contrario se convertirá en una esperanza desesperanzadora.

### ALGO MAS QUE NEGOCIACION

La negociación es el camino esperanzado de solución del actual conflicto salvadoreño. Sin embargo, negociar con éxito no significa automáticamente la solución de los problemas de injusticia social histórica y estructural de El Salvador. Es apenas un primer paso, pues entre las premisas de dicha negociación está el reconocimiento de esa injusticia estructural y de la imposibilidad de mantenerla por la violencia.

Reconocer que no es la victoria militar el camino para conseguir el cambio estructural de la sociedad salvadoreña im-

plica la constitución de un sujeto social y político portador de una alternativa, capaz de entrar en un debate civil del cual surjan las decisiones para construir esa sociedad más justa.

El pueblo salvadoreño ha sido capaz de resistir la guerra, de no perder la esperanza en una sociedad mejor. Para que se realice históricamente esa esperanza es necesaria una fuerza social organizada, capaz de entrar en el juego político y contrarrestar los poderes de dominación hasta ahora prevalecientes. Además, hacen falta organizaciones políticas (partidos) que expresen esa fuerza social portadora de un esquema distinto de sociedad.

Pero, también hace falta el apoyo externo, una América Latina que no doble las rodillas ante el esquema que se impone desde el norte que busca convertirla en un gran reservorio de materias primas, mano de obra barata y mercado complementario, sin autonomía industrial, tecnológica y social regida por los propios pueblos organizados.

Solucionar el problema salvadoreño no se limita sólo a terminar la guerra, reconociendo su urgencia y la inmensa aspiración que tiene este pueblo de alcanzar la paz. La negociación apenas llevaría a los salvadoreños a poder plantearse los inmensos problemas del desarrollo y la justicia social que tenemos todos los pueblos de América Latina. Por eso, los problemas de la paz de El Salvador son nuestros problemas. Muchas fuerzas sociales y políticas dentro de los Estados Unidos de Norteamérica han colaborado y están colaborando efectivamente para que se llegue a la Paz por la vía negociada en El Salvador, falta mantener esa presión interna para conseguir el desarrollo y la justicia. Igualmente en los demás países latinoamericanos nos encontramos con sociedades civiles débiles, con escasas posibilidades de garantizar una vida humana y una auténtica participación de las mayorías en la vida económica, política y social.

### UN PUEBLO Y UNA IGLESIA DE MARTIRES

En este continente creyente y oprimido la fe cristiana tiene un papel que jugar en la realización de esa esperanza de una vida humana justa y fraterna. Los salvadoreños han derramado su sangre también con un sentido de fe cristiana. Encontrarse con los campesinos y pobladores de los barrios urbanos miembros de las comunidades cristianas es sentir el sentido profundo que tiene y le encuentran ellos a tanta sangre derramada. Viven la

fe en el triunfo de la vida sobre la muerte, garantizada, precisamente, por el amor que se hace tan grande que es capaz de entregar la propia vida por los demás.

Monseñor Romero, el Arzobispo Mártir de San Salvador, afirmó con lucidez cristiana que se alegraba de que la Iglesia mezclara su sangre, la de sacerdotes, catequistas, celebradores de la palabra, miembros de comunidades cristianas... con la del pueblo salvadoreño en busca de un futuro mejor. El mismo sentía que si lo mataban resucitaría en el pueblo salvadoreño. Y lo mataron. El mismo odio mató a los seis jesuitas, a Julia Elba y a Celina en la UCA, como lo afirmó Mons. Rivera y Damas, delante de sus cadáveres el 16 de noviembre de 1989 y antes y después ha matado a muchos miles de salvadoreños. En la sangre derramada de estos testigos de la esperanza se funda la fe en el futuro de quienes han sentido este paso (pascua) de Dios por El Salvador.

Por eso, una Iglesia martirial tiene entrañas de misericordia, porque no está enraizada en el odio sino en el amor. Busca la fraternidad por la vía de la reconciliación, que no desconoce el mal, pero es capaz de perdonar porque considera la vida del otro tan valiosa como la suya. Una Iglesia martirial es testimonio permanente de la valentía cristiana que hace posible mantener viva la llama de la esperanza en un mundo que parece no poder surgir de las condiciones actuales.

Una Iglesia de mártires se caracteriza, también, por su veracidad, porque es capaz de decir la verdad sin dejarse vencer por el temor que esclaviza. Su verdad es liberadora porque vence al miedo y es refrendada por la entrega de la propia vida. Una Iglesia de mártires, finalmente, es coherente con lo que predica, no hace el juego de afirmar una cosa para hacer otra, responde con su propia coherencia a la fidelidad de Dios, no abandona su palabra con una forma de vida que le haga carecer de credibilidad.

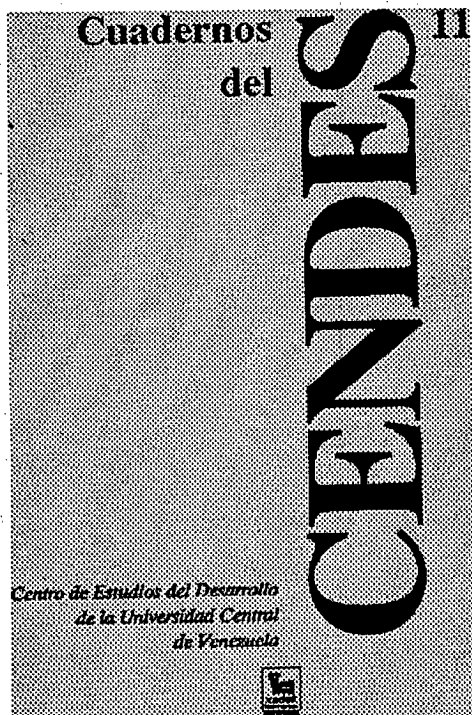
En El Salvador hemos experimentado estas características de la Iglesia. Son miles los cristianos que, con su testimonio (martirio) la han ido haciendo posible. Son muchos más los que han fundado su fe en la experiencia del martirio de sus hermanos y gastan su propia vida, la arriesgan cotidianamente para vivirla, predicarla y hacerla posible.

La vida de las comunidades cristianas es una vida de oración y de acción en medio de una situación riesgosa. La experiencia cotidiana se convierte en alimento de la liturgia y la oración. La eucaristía no se celebra en vano ni a prisa, es comunión de hermanos en el Señor que han aprendido a compartir su experiencia para encontrar a Dios en ella, escuchar su palabra, leer los signos del Espíritu y encontrar aliento para seguir luchando. La pastoral trata de seguir el modelo del "buen pastor" del evangelio de Juan: conocimiento cada

vez mayor y mejor de la situación y de las personas, darse a conocer como portadores de la buena noticia de la liberación y disposición a dar la vida, atendiendo todas las necesidades de los hermanos (salud, educación, vivienda, solidaridad económica...).

Los mártires de El Salvador y de toda América Latina de hoy y de ayer son una invitación permanente a que renovemos nuestra fe, escuchemos la invitación de Dios y nos entreguemos enteramente a realizar la esperanza que tenemos en un mundo fraternal dando en ello nuestra propia vida, para que ésta se imponga sobre la muerte y experimentemos la abundancia de la resurrección en un pueblo de hermanos libres.

Posiblemente estas palabras que salen de la experiencia de la fe compartida con el pueblo sonarán extrañas a los oídos ideologizados de nuestra dependencia cultural. Precisamente por eso hay que repetir las. No queremos resignarnos ni al pasado de pobreza colectiva, ni a la guerra de exterminio, ni a convertirnos en piezas obligadas y subordinadas de la gran maquinaria del capitalismo occidental que se impone. Nos reconocemos hijos de Dios y queremos vivir como tales. La fe en ese Dios, que funda la esperanza de poder hacerlo, es la fuente de una fuerza para luchar por realizarlo hasta entregar la propia vida.



## CONTENIDO

Editorial .....	7
Reconversión industrial y reindustrialización en Venezuela .....	
<b>Victor Alvarez</b>	
La vivienda popular en los planes urbanos de Venezuela	
<b>John Foley y Elisenda Vila</b> .....	25
Primeros brotes del "paquete económico"	
<b>Max H. Nollf</b>	
Movimientos reivindicatorios urbanos y políticas públicas en Brasil	
<b>Pedro Jacobi</b>	
Entre la ausencia y el acoso: vida cotidiana y Estado en Chile	
<b>José Weinstein</b> .....	59
Lo biológico y lo sociológico en la visión ecologista de lo urbano	
<b>José Luis Lezama</b> .....	73
Estado e intervención: estatal como clase?	
<b>Marion Hormann</b> .....	85
Testimonio oral y reconstrucción histórica	
<b>Nelson Prato Barbosa</b> .....	101
La reorganización económica de los Estados Unidos: el colapso de la dicotomía centro-periferia y la nueva posición de los trabajadores	
<b>Alessandro Bonanno</b> .....	113
Nacionalismo, descolonización y panafricanismo en Africa	
<b>David González López</b> .....	121
Reseña bibliográfica .....	136

DISTRIBUYE EN VENEZUELA: Vadell hermanos  
Tel 5725243 5723108